

www.elboomeran.com

AGUSTÍN GÓMEZ ARCOS

EL HOMBRE ARRODILLADO

TRADUCCIÓN
ADORACIÓN ELVIRA RODRÍGUEZ

CABARET VOLTAIRE

2023

www.elboomeran.com

PRIMERA EDICIÓN *noviembre 2023*
TÍTULO ORIGINAL *L'homme à genoux*

Publicado por
EDITORIAL CABARET VOLTAIRE S.L.
info@cabaretvoltaire.es
www.cabaretvoltaire.es

©2023 Herederos de Agustín Gómez Arcos
©de la edición, 2023 Adoración Elvira Rodríguez
©de esta edición, 2023 Editorial Cabaret Voltaire SL

IBIC: FA
ISBN-13: 978-84-19047-41-0
DEPÓSITO LEGAL: M-29883-2023
Printed in Spain

Dirección y Diseño de la Colección
MIGUEL LÁZARO GARCÍA
JOSÉ MIGUEL POMARES VALDIVIA



MINISTERIO
DE CULTURA
Y DEPORTE

DIRECCIÓN GENERAL DEL LIBRO
Y FOMENTO DE LA LECTURA

«Esta obra ha recibido una ayuda a la edición
del Ministerio de Cultura y Deporte»

FOTOGRAFÍAS
Cubierta: *Chicago*, 1985 ©Ceesepe, VEGAP, Madrid, 2023
Banco de imágenes VEGAP
Guarda: Agustín Gómez Arcos. Derechos Reservados

Bajo las sanciones establecidas por las leyes,
quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización
por escrito de los titulares del copyright, la reproducción total
o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento mecánico o
electrónico, actual o futuro -incluyendo las fotocopias y la difusión
a través de Internet- y la distribución de ejemplares de esta
edición mediante alquiler o préstamo públicos.

*A Lucas,
el niño del hoyuelo*

La capital es una ciudad moderna, abierta a Europa; por eso, el viajero recién llegado podría extrañarse al verlo de rodillas bajo un sesudo cedro, personaje insólito entre la profusión de viandantes que circulan por la acera. No está haciendo teatro al aire libre, fascinante actividad. No es actor. Ni mimo. Ni malabarista. No lleva sombrero de copa de donde sacar palomas o conejos. No lanza resplandecientes lenguas de fuego de litúrgicos colores para iluminar el nacimiento de la noche. Practica la mendicidad. Así lo atestigua su cartel. Aunque con el tiempo se ha convencido de que nadie va a leer su desesperado mensaje escrito en mayúsculas, el texto le evita pronunciar en voz alta las palabras vergonzantes: «Tengo hambre. Deme algo. Dios se lo pague». El silencio del cartel dice: «HERMANOS, NO TENGO TRABAJO – MADRE, MUJER E HIJO ESTÁN EN EL PUEBLO – POR NECESIDAD ME ARRODILLO ANTE USTEDES – PIDO LIMOSNA – GRACIAS». Escrito está. Quien quiera, que lo lea.

Es joven. Unos veintiséis años. Pero su cuerpo arrodillado no conserva ningún atributo de la juventud: ni la altura del hombretón que era dos años antes, cuando abandonó el pueblo para buscar trabajo; ni la mirada ardiente y ávida que lo caracterizaba; ni siquiera los andares voluntariosos, como si hubiera nacido para avanzar sin descanso. No paraba un momento, Fermín tenía que corretear detrás de él, se negaba a tomar entre las suyas las manos de María, aquellas tardes de domingo en las que Fermín se retiraba a su casa para leer, argumentando que un hombre casado se debe a su mujer, sobre todo con un primer embarazo problemático. En sus labios no queda nada de aquellos ataques de risa que le entraban siempre que Fermín pasaba revista a las manías hortícolas de su suegro, el capataz: para prevenir el vandalismo de los pájaros, envolvía con papel los racimos de la parra y los numeraba. El viejo mantenía una tenaz fidelidad a los patronos de la mina en la que perdió el pie izquierdo, una sociedad anónima que le había hecho el favor de costearle un pie ortopédico y lo había ascendido a recogedor de escoria hasta que cumpliera la edad de cobrar la pensión de invalidez. Así que, en lugar de hacerle un favor, la empresa lo seguía explotando. El hombre, renqueando, apilaba montones de residuos, plantaba en ellos unos arbustos y no consentía que ese par de jovencitos hablara en tono sindicalista de la compañía de explotación minera y de sus patronos. Fermín lo imitaba a la perfección: voz chillona, cojera ostentosa. Eso no le gustaba a María: «No

deberías tener esas amistades. No respetan a la familia y se divierten ridiculizando a los pobres». La joven daba una entonación especial al término *pobre*, como con voz de iglesia. Enojado, el futuro padre le soltaba las manos, se levantaba. Las manos de María encallaban en la redondez del vientre, donde se ponían a golpetear, inquietas, desamparadas, como unos niños perdidos en un lugar desconocido; luego, se calmaban, se reblandecían hasta perder la forma y el vigor, aquejadas de una flojedad enfermiza. Él aprovechaba tan penoso instante para largarse. Golpeaba en la ventana de Fermín, lector empedernido, cuya madre, Camila, no permitía que lo molestaran cuando estaba leyendo. La lectura de su hijo era sagrada para ella. Decía que los libros abren horizontes y alejan de la mina. Camila era viuda. Como tantas otras mujeres. Como su propia madre. Pero sólo a ella la llamaban *la Viuda*. Como si su viudedad fuera especial, la única que mereciera un título de nobleza. Su marido no murió por una explosión, ni en el fondo de un pozo, ni devorado por la silicosis. Fue durante la dictadura, cuando la *huelga de nueve meses*. Triste embarazo que parió una sola víctima, un muerto que nadie lloró. Salvo su viuda. Camila la Viuda. De modo que cuando veía leer a su hijo, interrumpía cualquier actividad creando en la casa, habitación por habitación, una especie de silencio místico. Entornaba la puerta del fondo, la que daba a las montañas, donde las bandadas de palomas torcaces volaban hacia países lejanos. Hacia la libertad. Él, si quería ver a Fermín, tenía que rasguñar la ventana, con mucha

suavidad, y esperar a que el amigo se diera cuenta de su presencia. Fermín poseía un sexto sentido para detectar al visitante. El pequeño notaba su llamada incluso a través de la pared. En eso era muy distinto de María. Su amigo lo sabía. Apenas las uñas habían rozado los cristales empañados de vaho, el chico volvía la cabeza mirándolo fijamente con sus ojos negros. Sin embargo, María ni siquiera se daba cuenta de que «su hombre» estaba de pie, junto a ella; se sobresaltaba cuando sentía el aliento cosquillearle la oreja. Luego, hacía un gesto con la mano, como ahuyentando una mosca, y murmuraba, sorprendida: «Ah, eres tú». Era frustrante. Parecía que sus labios enamorados eran los únicos insectos que ella temiera ver revolotear cerca de su cuello.

Aquellas huellas de felicidad habían desaparecido de su rostro, de su persona. Perdidas por el camino. Abolidas. Como borradas por el viento, o convertidas en espejo deslustrado que ya no refleja nada: ni luz ni sombra. Una presencia envilecida, un cuerpo doblado, arrodillado, más cerca del barro que de la brisa, ala decapitada. Antaño, ese muchacho fuerte como un roble, dicharachero, risueño, caminaba hacia los demás con la boca golosa, entregada, acogedora; provocaba en grandes y pequeños, hombres y mujeres (incluso en los animales: los perros le lamían la cara), la tentación de hacerle una caricia, de robarle un beso. Un chicarrón que a los trece años ya ocupaba el lugar de un hombre, no sólo en la cama o en los calzones (y pronto entre los muslos de una muchacha), sino también en la mina, su

primer trabajo. Ahora es un joven roto. Antaño crecía a lo alto, como todo lo que se agranda, hombres incluidos; hoy está derrumbado, cabeza gacha, mirada exánime, contemplando fijamente las monedas que le echan sobre el cartel. Ciertos pájaros de mal agüero ya lo habían amenazado con un porvenir incierto: un chico demasiado libre, demasiado irresponsable, decían. Sobre todo la horda de mineros lisiados, reciclados en aquella escuadrilla de recogedores de escoria, capitaneada por su futuro suegro. «¡Panda de *viejos viciosos!*», gruñía su madre (Fermín, cómplice, asentía en silencio). Le estaban metiendo en la cabeza al capataz que vigilara a su hija. Una alhaja, esa chiquilla. Un diamante. Leía como un papagayo, sabía tanto de escritura y cuentas como una maestra de escuela, o casi. ¡Unos envidiosos! Celosos de él, un muchacho fuerte que iba a buscarla a la salida de clase siempre que el trabajo se lo permitía. De todos aquellos viejos, el peor era Sebastián. Le faltaban tres dedos de la mano derecha y un pedazo de mandíbula. En cuanto lo veía con María, empezaba a soltar palabrotas tan feas y retorcidas como su cara. El tal Sebastián era el padre de un chico muy tímido, medio tartamudo, llamado Ramoncín. Ambicionaba dos cosas para su retoño: que se metiera en política y que se casara con María. El manco picaba alto. El capataz lo dejaba soñar y se aprovechaba de su fidelidad canina para sacarle dos aperitivos diarios (tres los domingos) y obligarlo a que le echara una mano (la izquierda) en el huerto. Su compadreo era más bien interesado, aunque es cierto

que existían entre ellos lazos más estrechos, relacionados con sus esposas. Eran primas, y los abandonaron el mismo día, un Jueves Santo, para, según ellas, ir a la procesión de la ciudad. Teniendo en cuenta que la vida de una criada o de una puta requiere menos sacrificios que la de cónyuge de minero tullido, no regresaron de su peregrinaje. Suele pasar... Sebastián, el manco, mandaba a su hijo en busca de María con la excusa de que el padre de ésta la esperaba en casa. Al chicarrón se lo llevaban los demonios: «¡A ese viejo vicioso lo mato!». Luego, se iba en busca de Fermín para contárselo. Le decía que necesitaba dar una vuelta. Para tranquilizarse. «Vente conmigo.» Fermín rezongaba. «¡Venga, hombre, deja los libros, que no se van a escapar!» Fermín murmuraba: «Mamá, salgo un momento». Se iban por la puerta de la cocina, cruzaban el patio, se alejaban hacia el río, desaparecían en las profundidades de un cañaveral donde sus cuerpos habían conformado un nido. Fermín no oponía resistencia. Nunca. Seguramente le gustaba, aunque no pusiera mucha pasión. Pero, bueno, a él pasión le sobraba. Y el niño era más obediente que las muchachas. Servía para lo mismo. Pero el chicarrón no se lo podía decir. Prohibido hablar del tema. En una ocasión, al principio, se le ocurrió hacer un comentario y Fermín se puso lívido. Lo privó de su cuerpo y de su compañía durante un mes. Se le hizo larguísimo. Aprovechó para ir a la discoteca de la ciudad. Pero le dieron con la puerta en las narices. El segurata lo miró de arriba abajo. «A ver, documentación.» Iba muy en serio. Un

tipo cachas, arisco. En la mano izquierda, entre el pulgar y el índice, llevaba tatuados cinco puntos. «¡Ya sabemos lo que eso significa!», explicó más tarde a María y a Fermín. «¿Y qué significa?», preguntó Fermín con mirada burlona, sospechando que estaba alardeando de un conocimiento de la vida *totalmente ficticio*. No se puede decir que la mina sea una escuela de vida, nada más lejos. «¡Significa que ha estado en el trullo, criatura! Un preso y cuatro paredes, eso es lo que significan los cinco puntos tatuados. ¡Yo sé de lo que hablo!» Le enseñó el DNI. «¡Dieciséis años recién cumplidos! ¡Una discoteca no es el preescolar! ¡Vuelve en un par de años, cuando lleves pantalones de hombre!» Sebastián, que se lo había oído, se fue a la ciudad a indagar por su cuenta. En su informe al capataz, añadió que el jodido crío había intentado entrar en un burdel. «¡Que se cree que ya no está en edad de machacársela!», gritó, cubriendo el sonido de la tele, un sábado por la tarde en el Café del Comercio. Tuvo que olvidar a María durante diez días que se le hicieron eternos. Se consolaba repiqueteando en la ventana de Fermín. «¡Venga, tío, no te enfades, si sólo te quiero a ti! Anda, deja el libro y ven a dar una vuelta.» Aquel día, los juncos silbaban al menor soplo de aire; olían a maleza y al sudor de la nuca de Fermín.

Su sombra se empequeñece, se funde con su cuerpo. O se separa de él y se aleja. No sabe lo que le pasa a su sombra: no la ve pegada a sus tobillos cuando la busca con el rabillo del ojo, como un crío sus canicas. No es

porque la sombra del cedro, más recia y pujante, la borre o la devore, la colonice en cierto modo. No. Su repentina desaparición se debe, sin duda, a que a una sombra compacta como ella no le gusta su nueva condición de sombra arrodillada. En cuanto un hombre se arrodilla, la sombra lo sigue. ¡Qué vergüenza arrastrar en la caída a la propia sombra! La desgracia debería ser para el hombre, no para la sombra. ¿Qué culpa tiene ella de los fracasos de la vida? Ninguna. Una persona en condiciones no debería exponerla a los malos tragos que da la vida. Bueno, la vida... ¿No era su sombra demasiado inmensa, demasiado protectora, abusiva, incluso, en aquella lejana época en que era de verdad su sombra, la sombra de un chicarrón erguido, la sombra larga, permanente, de un hombre de pie? Fermín y María intentaban a menudo separarse de él, seguir su propio camino, para que sus sombras no se confundieran con la suya, temiendo que su sombra —sombra caníbal— las devorara. A menos que aquella enorme sombra de la que se sentía tan orgulloso fuera una mera ilusión. Una feroz ilusión de huérfano... ¿Perdemos nuestra sombra cuando perdemos a nuestro padre?

No se le había ocurrido tal pregunta en aquellos benditos años en que vivía de pie. Hombre erguido. Sí había notado que la ausencia de padre se reflejaba a menudo en la ausencia de sombra que aquejaba a Fermín. Desde muy niño, los ojos negros de su amigo denotaban una profunda soledad que se interponía entre el chiquillo y el resto del mundo como un erial, como un

campo estéril. Quien quisiera sembrar en él la menor presencia debía armarse de paciencia. Él paciencia tenía mucha. Los demás, no. Los demás miraban a Fermín como si le hubieran amputado algún miembro, el menos físico de todos y, sin embargo, el más presente: su sombra. La sombra de un niño muere cuando liquidan a su padre, decía la gente. El padre de Fermín había caído bajo las balas de la policía. Y él, que creía poseer la sombra más vasta del mundo, se había prometido compartirla con su amigo. Como se comparten el primer cigarrillo, el primer orgasmo. La dejaba planear sobre el cuerpo del chico, pájaro de alas abiertas vigilando su nidada. Pobre del que se hubiera atrevido a tocarle un pelo de la cabeza. Siempre estaba ahí, presente. Incluso cuando empezó a bajar a la mina. Fermín seguía yendo a la escuela. Se las apañaba para no dejarlo solo un minuto. Siempre a su lado. Aquella presencia invasora desanimaba a los tipejos ruines que perseguían a Fermín con sus sarcasmos. Porque le gustaba leer, devoraba las páginas, era el único que se llevaba a su casa un montón de libros cuando llegaba el bibliobús. Él, que era mayor, entendía bastante bien ese desprecio general hacia la lectura. No creía que los libros dieran respuestas a las cosas de la vida, las que te muerden por dentro sin decir palabra, sin previo aviso. Cierto. Pero eso no quitaba para que escuchara a Fermín cuando éste se dignaba a contarle sus lecturas. La negra mirada se volvía aún más tenebrosa, más misteriosa. Como si todo (la estatura, la sombra) le creciera y se le hiciera gigantesco. Entonces,

el chicarrón comprendía por qué no soportaba que esos gilipollas que ocupaban los pupitres de la escuela se rieran de Fermín porque el chico prefería la lectura a los placeres temblorosos del pajarío. Lo que tampoco era cierto del todo: a Fermín le gustaban los orgasmos, como a todo el mundo. Pero entre los brazos de su amigo, en la intimidad, y no delante de aquella manada de críos gritones. Soltaban un montón de obscenidades a cuenta de unas gotas de esperma transparente. ¡Una meadilla de perro, vamos! No, se dijo, no había comprendido hasta qué punto precisaba su sombra Fermín hasta el día que lo subieron a la superficie, destrozado por la explosión en uno de los pozos. La mina no necesita llamar a la policía: le basta y le sobra con sus infames gases. La madre de Fermín bien lo sabía. Escupió en el agujero negro en cuanto levantaron el cadáver para asarlo y llevarlo al forense. Ya había escupido en otra ocasión sobre la jodida mina cuando la justicia se incautó del cuerpo de su marido. Aquel escupitajo le valió el apodo de *la Viuda*. Camila la Viuda. Única viuda titular entre tantas viudas.

De pronto, el arrodillado teme que su propio hijo crezca sin sombra protectora si pierde él la suya. Asaltado por esa nueva desazón, busca con la mirada su sombra oculta. Desaparecida. Volatilizada. Como el éter. A su alrededor, sólo ve la sombra de la noche. Y otra, más profunda, la que el cedro interpone entre su cuerpo y la luz de las farolas. Un sudor frío le brota de la frente, de

las axilas, le chorrea por la cara, por las costillas, con la mansedumbre inagotable de un manantial. Murmura: «No. El niño está a salvo con su madre y su abuelo, que no han perdido su sombra por el camino». Vale, él no está allí. Pero ellos sí. Donde tienen que estar. Tejiendo el capullo que protege al heredero, levantando un muro contra la desgracia. Son personas sólidas, normales, que no se fijan en las idas y venidas de sus sombras. ¡Habrá algo más estrafalario que una sombra humana que se pone a jugar al escondite! No, el niño no tiene nada que temer. Crecer sin padre tan sólo será para él una prueba. Soportable. No una tragedia. Ni un trauma, como se dice ahora. Incluso es posible que María no note su ausencia. Y, por supuesto, su suegro se estará frotando las manos cada día que pasa sin verlo. Ya hace dos años. Los viejos resentidos urgen a María a que pida el divorcio. Sobre todo, Sebastián. Sólo están a favor de los derechos civiles cuando les conviene. Su suegro, sin ir más lejos, no aceptó la *unión libre* que él le había propuesto a María cuando se quedó embarazada. «¡Eso no se tolera en mi familia! ¡En mi familia, quien la hace la paga! Así que ¡a casarte!» Su propia madre pensaba lo mismo: tenía que casarse. «¡Haberte vaciado fuera!» Total, que tuvo que acceder a una boda precipitada y a irse a vivir con el suegro. Pero sin resentimiento, todo hay que decirlo. En realidad, el único realmente perjudicado fue Fermín. El chico se quitó de en medio durante varias semanas y pidió un cambio de turno, que le concedieron. Cuando un obrero sano solicitaba bajar

de noche al pozo, la dirección no ponía impedimentos: el sueldo era el mismo. Y los hombres casados preferían dormir en sus casas. Con sus mujeres. Del último telediario hasta el canto del gallo. Camila la Viuda se opuso a la decisión de su hijo, pero no consiguió hacerle cambiar de idea: los libros también enseñan a encararse con la madre, por muy viuda que sea. Él, por su parte, no le dio explicaciones de lo suyo al chico. Hubiera sido demasiado penoso. No son cosas de hombres. Un joven tiene que casarse en algún momento, es lo normal. Lo que haya hecho antes no cuenta. María no era una chica de las que acaparan al marido; para ella, primero estaba su padre y, después, el niño que llevaba en sus entrañas. Así que él podía entrar y salir de la casa a su antojo. Llegar cuando ella ya estaba dormida. Llevarse una regañina al menor intento de despertarla por aquello de *las ganas*, que ella no compartía a «esas horas de la noche». Volver a vestirse, despechado y furioso. Incluso irse a la discoteca, en la carretera de la ciudad. Hasta el amanecer. En dos o tres ocasiones había intentado hablar con Fermín en un cambio de turno. Y la despiadada respuesta era: «¡Vete con tu mujer!». O echaba las cortinas en cuanto oía rascar en el cristal de la ventana. Fue preciso un velatorio para que los tres se volvieran a reunir. María dijo: «Fermín, ya no vienes por casa. ¿Te hemos faltado en algo?». También ella hablaba como los libros. «No, no, es por el trabajo. Tengo menos tiempo que antes.» Sonaba a excusa. El amigo pilló la ocasión al vuelo: «El domingo libras, ven a comer con nosotros».

Cogido por sorpresa, Fermín sólo acertó a decir que se lo pensaría. No quería dejar a su madre sola en casa. «Tráetela», insistió María, «mi suegra también viene. Comeremos en familia, como cuando éramos pequeños». Fermín murmuró: «Vale, vale. Si a mi madre no le apetece ir, iré yo». Y él se alegró tanto que estuvo a punto de dar saltos de contento. En mitad del velatorio.

Al hombre se le dibuja una vaga sonrisa en la cara. Sí, sonrío arrodillado entre los viandantes. Olvida que ha perdido su sombra. Piensa que, con respecto al niño, puede confiar en María. Ella nunca ha sido una chica celosa. Ni apasionada. Sabrá explicar al hijo la ausencia del padre. Sin estridencias. Como supo entender la presencia de Fermín en la vida de su marido. Es verdad que ella no lloró la muerte del amigo. Pero tampoco apartó la vista al ver que a él se le saltaron las lágrimas. No protestó cuando él le dijo que no quería morir en la mina. Ni por culpa de la mina. Morir como Fermín, como el padre de éste, como su propio padre, como tantos otros. El mundo era ancho, quería irse a probar suerte a otro lugar. «Vete. El niño y yo te esperaremos. Estoy con mi padre. Nos apañaremos para vivir.» De todas formas, como consecuencia del accidente que había matado a Fermín, cerraron una de las galerías y el paro aumentó. Él era uno de los despedidos. Era el momento de cambiar de vida. Primero, él; más tarde, María y el niño. Quizás incluso su madre. Y su suegro. Separarse para siempre de la mina. Lo indemnizaron con el

sueldo de un año. No estaba mal. Se las apañó para que la compañía le concediera una ayuda económica a María y se fue del pueblo. Tranquilo. La última noche, quiso sembrar de nuevo el vientre de María, pero ella se negó en rotundo arguyendo que, para un padre fugitivo, una mujer y un hijo eran más que suficientes. Él no insistió. Se dio cuenta de que quería embarazarla de nuevo con la esperanza de que, durante los nueve meses de ocupaciones ineludibles, ella no pensara tanto en su soledad. En realidad, no deseaba tener otro hijo. Ni quería pensar en la muerte de Fermín. Su corazón rehuía el peso de esa muerte. Quería borrar de su memoria los lugares y los momentos que hacían insoportables la ausencia de Fermín. Ausencia eterna. Ésa era la ley de la muerte. Y era muy joven. Demasiada vida ante él para mortificarse con la ausencia del amigo. Acabaría siendo un interminable suplicio.

El arrodillado se pregunta a veces si María sufre. Y qué la hace sufrir: ¿el alejamiento o la soledad? Le gustaría saberlo. ¿Pero cómo? Él no le ha escrito ni una sola carta en dos años. Algunas postales, al principio. Bonitas vistas del sur, donde el color de las flores y la blancura de las paredes son deslumbrantes. Para que el niño y ella vieran las esbeltas fuentes de las que surgen acrobáticos surtidores. Las fortalezas moras, los palacios árabes. Los árboles frutales cargados a más no poder. Y el mar, línea azul que huye hacia otros horizontes. María nunca ha visto el mar. Salvo en las películas. Pero el que aparece en el cine o en la tele no es el mar

que ve uno con sus propios ojos. El mar de las postales sí era como el que él veía. Creía que ellos también lo verían. La necesidad de dar noticias suyas era tan fuerte que, incluso, se permitió la fantasía de escribir unas palabras sobre una postal donde se veía a un señor de bronce con un libro bajo el brazo. Para mandársela a Fermín. Se imaginaba al cartero dejando la misiva sobre la tumba del amigo, entre el crucifijo y el ramo de crisantemos. Pero se preguntó qué podía contarle un vivo a un muerto. Él, vivo, a Fermín, muerto. Nada, se dijo. No hay palabras para traducir el fracaso. Se quedó con esa idea en la cabeza. Para otro día... , en cuanto la vida le enseñe a comunicarse con los muertos.

La esperanza de encontrar un buen trabajo se esfuma. Ya no va a Correos, donde la gente envía giros postales. Rellenan un impreso. Nombre y dirección de la mujer, de los padres, de un hermano. Preguntan: «¿Me indica dónde pongo la cantidad? ¿En números o en letras?».

Él nunca mandó ningún giro. No por indolencia, sino porque nunca consiguió ahorrar suficiente dinero para enviar una cantidad digna. Más vale que los suyos ignoren su estado, o que lo consideren desaparecido. ¿De qué sirve dar señales de vida? ¿Para decir que la gente que vive de rodillas, como él, no tiene salida?

Se sonríe. A pesar suyo. Se acuerda de una buena mujer que le ofreció trabajo al principio de su calvario. Era de noche, hará unas tres semanas. Estaba arrodillado bajo un magnolio, con su cartel delante. Aunque

un poco apartado. Como si el desesperado mensaje y su persona no se conocieran. O como si se hubiera arrodillado cerca de un cartel que ya estaba allí. Por casualidad, más que por necesidad. Lo que evitaba la vergüenza. Una señora muy menuda se sentó en un banco, a su lado. Él la vio, a pesar de tener la mirada gacha. «Joven, ¿ese cartel es tuyo?» Levantó la cabeza. Dijo que sí. Colorado como un tomate. Temiendo que la mujer llamara a la policía. O que lo denunciara por ensuciar tan bonita avenida con su presencia de mendigo y su vergonzoso cartel. «Cuidado, muchacho; acércatelo, o alguien se lo llevará. Aquí lo roban todo, y más en las calles del centro.» La señora se levantó y le acercó el cartel para evitar cualquier confusión o peligro. Él le dio las gracias. La miró sin levantar demasiado la cabeza. Era una mujer minúscula. Traje de chaqueta gris perla tejido a mano, blusa azul marino de crepé estampada con mariposas multicolores. Cuello de corbata anudado sobre el pecho. Le sentaba muy bien; olía a lavanda. Sin embargo, era una mujer barbuda. La primera que veía. Unos pelos blancos y sedosos le crecían sobre las mejillas rosas, se extendían sobre la parte inferior de la cara componiendo un collar de ricitos alrededor del mentón. Se parecía a esas cabezas de mármol, con una barba muy cuidada, que se ven en los jardines públicos, pero en mujer. «Antes me afeitaba. Todas las mañanas, a la vez que mi marido. Pero ahora me tiemblan las manos y mi marido no me las puede sujetar, murió. Así que ahora me la riza mi peluquera. ¡Es una artista!» Él no supo qué contestar.

Se sonrió. Sin duda de un modo muy raro porque ella añadió: «No, muchacho, no he trabajado en ningún circo. Ni en ninguna revista. *Y no estoy loca.* Tengo barba, nada más». Se volvió a sentar en el banco; él permanecía en silencio. Ella se inclinó hacia él y le dijo muy bajito: «Qué lástima que no nos hayamos conocido antes; te hubiera propuesto un trabajo. Retribuido, por supuesto, no me gusta que me hagan favores, que luego te pasas la vida eternamente agradecida y yo no tengo tiempo de estar *eternamente agradecida* a nadie. Era para mis alfombras y mis macetas. Por el verano. Enrollar las alfombras, guardarlas y sacar las plantas al balcón. Yo ya no tengo fuerzas para hacerlo. En fin, que le pedí a la portera que me buscara a alguien, y me mandó a su sobrino. Un muchacho estupendo; un poco lento: ¡tardó dos horas! Bueno, dos horas menos diez, pero le pagué las dos horas completas, bien pagadas, lo mismo que a una asistenta. ¿No te parece que se pasó un poco, un muchacho tan joven como él? No te vayas a pensar que me quejo, que no. El trabajo está hecho, y es lo que importa. Mira, si estás aún aquí a mediados de octubre, podrías hacer tú el mismo trabajo, pero al revés: desenrollar las alfombras, colocarlas en su sitio y meter dentro las macetas. Te supondría dos horas menos de calvario. ¡En tu caso, dos horas de pie y bien pagadas merecen la penal! ¿Puedo contar contigo? Vale, vendré a buscarte. En su momento. Ahora, me tengo que ir. Lo siento, pero no puedo darte ni siquiera una moneda, siempre salgo con los bolsillos vacíos para no tentar al demonio. Vigila el

cartel. Es muy bonito. ¿Lo has escrito tú? Un texto precioso. Anima a la caridad. Fíjate, mientras hablábamos, tres o cuatro personas han estado a punto de llevarse la mano al bolsillo, pero como nos han visto de charla, habrán pensado que no era el momento. ¡Una pena! Pero ya volverán a pasar. Vale, me voy. ¡Buena suerte!».

La vio alejarse, dando saltitos (¡un pajarillo!), con toda la dignidad patriarcal que le otorgaba la barba. Bueno, ya empezaba a ver luz al final del túnel: dos horas de trabajo remunerado para el próximo otoño, ¡menos da una piedra! Además, la minúscula barbuda lo había convencido de que pusiera el cartel en su sitio: a la altura de su humillación. Algo es algo.

Las horas pasan. Algunas monedas caen. Se siente como un toro ante la muerte. Porque hincarse de rodillas es la peor de las muertes. En fin... , hay que hacer de tripas corazón. No cuenta las monedas. No las mira. No las toca. Se lo aconsejó doña Ramona: «No manifies-tes la urgencia de la miseria. Ni su avidez. Un pobre no tiene derechos. Ni siquiera el de calcular lo que vale la limosna». ¡Bien poca cosa son esas monedas! El dinero de la mendicidad pesa menos que el del trabajo. Ahora lo sabe. Y aún lo sabrá mejor mañana, pasado mañana, el mes que viene. ¿El mes que viene? ¿Puede otorgarse tan amplio margen de existencia? Habrá que ver.

Ahí, arrodillado, no es el mismo joven optimista que abandonó el pueblo dos años antes. Más alegre que

unas pascuas. Dispuesto a conquistar el mundo. Ese ancho y generoso mundo donde lo esperaba un lugar que llevaba su nombre, para colocar en él a María y al niño. Un matrimonio que se ama no necesita demasiado espacio, y el niño puede vivir entre sus brazos, dormir acurrucado contra sus vientres. Modesta manera de calcular el espacio vital. Sí, iba en el tren. La persistente grisura de la cuenca minera se iba alejando, desaparecía sofocada por unas montañas coronadas con remolinos de nubes. Era la primera vez que salía del terruño. Una suerte darle la espalda a aquel recinto protervo, replegado sobre sí mismo, enroscado en la tribulación y el sufrimiento, el trabajo arduo, la muerte prematura. Ni siquiera los turistas se atrevían a aparecer por allí. En la discoteca, por ejemplo, nunca se veía a un extranjero. Todos, de una manera u otra, conocían la mina. Todos sabían quién bajaba a los pozos, quién construía los ataúdes. Quiénes cavaban fosas en los cementerios o decían misas. Todos vivían y morían por la compañía de explotación minera.

Él, sin embargo, logró esquivar aquel destino. No pudo hacerlo antes por culpa del servicio militar, pero al ser hijo de viuda tuvo la suerte de librarse. El capataz repetía la palabra *suerte* dándole palmadas en sus anchas espaldas de yerno. Él también estaba encantado. La muerte de Fermín lo echó todo por la borda. Comprendió que el pequeño, víctima de la mina encolerizada, nunca vería el mundo. Nadie escapaba de la trampa.